

Nuestra comunidad de Santa María de Rivet fue afortunada y todavía lo es hoy, de no haber tenido hermanas con Covid-19. Y por ello damos gracias.

También hemos tenido el privilegio de poder celebrar la Eucaristía todos los días desde el primer día de confinamiento hasta ahora, ya que disponemos de capellán. Durante la Semana Santa pudimos vivir las grandes celebraciones del Triduo del modo habitual, tomando las debidas precauciones.

Lo que agradecemos mucho fue la experiencia de una vida más orientada hacia la contemplación al no tener ningún huésped desde que cerramos la hospedería; tampoco hay personas de paso desde que la tienda está cerrada; ninguna presencia exterior en la liturgia y la Eucaristía, eso nos lleva a la experiencia de una vida más tranquila, más silenciosa, sin teléfono ni locutorio, sin salidas excepto para comprar alimentos y medicinas, y esto solo de vez en cuando. Hemos tenido unas relaciones comunitarias más estrechas, una vida más simple pero en comunión intensa con el mundo confinado. No estamos en una cultura de la "burbuja" para protegernos a nosotras mismas, sino en un clima fraterno que abre nuestros corazones al sufrimiento del mundo. Ha crecido la intensidad en la oración personal y comunitaria de los Oficios litúrgicos y en nuestras relaciones comunitarias, con mayor atención a los más frágiles y cercanos afectados por el virus. Nos duele el hecho de que la mayoría de los cristianos estuvieran privados de todos los sacramentos y admiramos la imaginación desplegada por muchos sacerdotes y laicos para nutrir la vida espiritual. Esto nos interpeló sobre la forma en que vivimos nuestras Eucaristías, la comunión y todos los sacramentos.

La parte desagradable es que tuvimos que anular todo lo que estaba previsto, sobre todo en la hospedería, y había que aceptar conocer al personal de enfermería bajo presión sin poder brindar ayuda concreta. He aquí cómo describe su experiencia nuestra postulante: *“Desde que me incorporé al monasterio hace un año, continúo mi vida de postulante en el monasterio con una vida diaria “asegurada”. Dejar que los demás se dediquen a los enfermos con riesgo de su salud y la de sus hogares, fue mi primer verdadero combate y renuncia... esto me hizo sentir el precio del sacrificio de mi vida y de mi juventud, dándole un sentido nuevo, y afianzó mi llamada a una vida entregada a la contemplación, la caridad fraterna y el trabajo”.*

La economía es la cuestión más difícil. La suspensión de las actividades lucrativas durante unos meses no pasará desapercibida. Agradecemos los gestos de solidaridad hacia nuestra comunidad. Actualmente la tienda va retomando paulatinamente su curso normal y la hospedería abre un poco más sus puertas, guardando la prudencia; pero el taller de los Belenes se debilita, ya que las figuras de los belenes no son elementos esenciales para vivir. El taller tuvo muy buenos comienzos, pero ahora nos preguntamos sobre su futuro y estamos buscando otra fuente de recursos. Tenemos algunas pistas. A pesar de este problema económico, decidimos, tras la experiencia del confinamiento, no volver a abrir la tienda los domingos por la tarde, reducir nuestra capacidad de acogida en la hospedería y orientarla hacia las personas que deseen vivir un verdadero tiempo de retiro y de renovación. Esta opción la hicimos para preservar mejor la atmósfera de silencio del lugar, y asegurar a cada hermana el espacio de recuperación que necesita.

Hemos comprobado la fragilidad universal. Por supuesto, esto no lo ignorábamos, pero descubrir el mundo tan vulnerable, nos puso más profundamente en las manos de Dios. Ahora nos sentimos aún más solidarias con lo que está viviendo la humanidad. Esta prueba, que no ha terminado, nos lleva a una mayor fidelidad en nuestra vida espiritual.